

Dame la libertad : sólo la quiero,
Mira que no te engaño,
Porque ahora soy ruin ; dentro de un año
Sin duda lograrás el gran consuelo
De pescarme más grande que mi abuelo,
¡ Qué ! ; te burlas ! ; te ríes de mi llanto ?
Sólo por otro tanto
A un hermanito mio
Un Señor pescador lo tiró al río.—
¡ Por otro tanto al río ? ¡ qué manía !
Replicó el Pescador ; ¡ pues no sabía
Que el refran castellano
Dice : *Más vale pájaro en la mano... ?*
A sarten te condeno ; que mi panza
No se llena jamas con la esperanza. »

FÁBULA X.

EL GORRIÓN Y LA LIEBRE.

Un maldito Gorrión así decía
A una Liebre que una águila oprimía :
« ¡ No eres tú tan ligera,
Que si el perro te sigue en la carrera,
Lo acarician y alaban como al cabo
Acerque sus narices á tu rabo ?
Pues empieza á correr, ¡ qué te detiene ? »
De este modo la insulta, cuando viene
El diestro gabillan y la arrebató.
El preso chilló, el prendedor lo mata ;
Y la Liebre exclamó : « Bien merecido,
¡ Quién te mandó insultar al afligido,
Y á más, á más meterte á consejero,
No sabiendo mirar por tí primero ? »

FÁBULA XI.

JÚPITER Y LA TORTUGA.

A las bodas de Júpiter estaban
Todos los animales convidados :
Unos y otros llegaban
A la fiesta nupcial apresurados.
No faltaba á tan grande concurrencia
Ni aun la reptil y más lejana oruga,
Cuando llega muy tarde y con paciencia,
A paso perezoso, la Tortuga :
Su tardanza reprende el dios airado,
Y ella le respondió sencillamente :
« Si es mi casita mi retiro amado,
¡ Cómo podré dejarla prontamente ? »
Por tal disculpa Júpiter tonante,
Olvidando el indulto de las fiestas,
La ley del caracol le echó al instante,
Que es andar con la casa siempre acuestas.
*Gentes machuchas hay que hacen alarde
De que aman su retiro con exceso ;
Pero á su obligacion acuden tarde :
Viven como el raton dentro del queso.*

FÁBULA XII.

EL CHARLATAN.

« Si cualquiera de ustedes
Se da por las paredes
O arroja de un tejado,
Y queda, á buen librar, descostillado,
Yo me reiré muy bien : importa un pito,
Como tenga mi bálsamo exquisito. »
Con esta relacion un chacharero
Gana mucha opinion y más dinero ;
Pues el vulgo, pendiente de sus labios,
Más quiere á un Charlatan que á veinte sabios,
Por esta conveniencia
Los hay el dia de hoy en toda ciencia,
Que ocupan, igualmente acreditados,
Cátedras, academias y tabladros.
Prueba de esta verdad será un famoso
Doctor en elocuencia, tan copioso
En charlataneria,
Que ofreció enseñaría

A hablar discreto con fecundo pico,
En diez años de término, á un borrico.
Sábelo el Rey : lo llama, y al momento
Le manda dé lecciones á un jumento ;
Pero bien entendido
Que sería, cumpliendo lo ofrecido,
Ricamento premiado ;
Mas cuando no, que moriria ahorcado.
El doctor asegura nuevamente
Sacar un orador asno elocuente,
Dícele callandito un cortesano :
« Escuche, buen hermano ;
Su frescura me espanta :
A cáñamo me huele su garganta.—
No temáis, señor mio,
Respondió el Charlatan, pues yo me río.
¡ En diez años de plazo que tenemos,
El Rey, el asno ó yo no morirémos ? »
*Nadie encuentra embarazo
En dar un largo plazo
A importantes negocios ; mas no advierte
Que ajusta mal su cuenta sin la muerte.*

FÁBULA XIII.

EL MILANO Y LAS PALOMAS.

A las tristes Palomas un Milano,
Sin poderlas pillar, seguía en vano ;
Mas él á todas horas
Servía de lacayo á estas señoras.
Un dia, en fin, hambriento é ingenioso,
Así las dice : « ¡ Amais vuestro reposo,
Vuestra seguridad y conveniencia !
Pues creedme en mi conciencia :
En lugar de ser yo vuestro enemigo,
Desde ahora me obligo,
Si la banda por rey me aclama luégo,
A tenerla con sosiego,
Sin que de garra ó pico tema agravio ;
Pues tocante á la paz seré un Octavio. »
Las sencillas Palomas consintieron ;
Aclámanle por rey ; *Viva*, dijeron,
Nuestro rey el Milano.
Sin esperar á más, este tirano
Sobre un vasallo misero se planta ;
Déjalo con el *viva* en la garganta ;
Y continuando así sus tiranías,
Acabó con el reino en cuatro dias.
*Quien al poder se acoja de un malvado
Será, en vez de feliz, un desdichado.*

FÁBULA XIV.

LAS DOS RANAS.

Tenian dos Ranas
Sus pastos vecinos,
Una en un estanque,
Otra en un camino.
Cierta dia á ésta
Aquella la dijo :
« ¡ Es creible, amiga,
De tu mucho juicio,
Que vivas contenta
Entre los peligros,
Donde te amenazan,
Al paso preciso,
Los pies y las ruedas
Riesgos infinitos !
Deja tal vivienda ;
Muda de destino ;
Sigue mi dictámen
Y vénte conmigo. »
En tono de mofa,
Haciendo mil mimos,
Respondió á su amiga :
« ¡ Excelente aviso !
¡ A mi novedades !
Vaya, ¡ qué delirio !
Eso si que fuera
Darne el diablo ruido.

Entonces si que nadie me vería
Flaco, triste y fatal como me hallo.
» Tal vez un caballero
Me mantendría ocioso y bien comido,
Dándose su merced por muy servido
Con corvetas y saltos de carnero.
» Trátanme ahora como vil y bajo ;
De risa sirve mi contraria suerte ;
Quien me apalea más, más se divierte,
Y menos como cuando más trabajo.
» No es posible encontrar sobre la tierra
Infeliz como yo. » Tal se juzgaba,
Cuando al Caballo ve cómo pasaba,
Con su jinete y armas, á la guerra.
Entonces conoció su desatino,
Rióse de corvetas y regalos,
Y dijo : « Que trabaje y lluevan palos,
No me saquen los dioses de Pollino. »

FÁBULA XVIII.

EL CORDERO Y EL LOBO.

Uno de los corderos mamantones,
Que para los glotonos
Se erian, sin salir jamas al prado,
Estando en la cabaña muy cerrado,
Vió por una rendija de la puerta
Que el caballero Lobo estaba alerta,
En silencio esperando astutamente
Una calva ocasion de echarle el diente.
Mas él, que bien seguro se miraba,
Así lo provocaba :
« Sepa usted, seor Lobo, que estoy preso,
Porque sabe el pastor que soy travieso ;
Mas si él no fuese bobo,
No habria ya en el mundo ningun Lobo.
Pues yo corriendo libre por los cerros,
Sin pastores, ni perros,
Con sólo mi pujanza y valentía
Contigo y con tu raza acabaría. —
Adios, exclamó el Lobo, mi esperanza
De regalar á mi vacia panza.
Cuando este miserable me provoca
Es señal de que se halla de mi boca
Tan libre como el cielo de ladrones. »
*Así son los cobardes fanfarrones,
Que se hacen en los puestos ventajosos
Más valentones cuanto más medrosos.*

FÁBULA XIX.

LAS CABRAS Y LOS CHIVOS.

Desde antaño en el mundo
Reina el vano deseo
De parecer iguales
A los grandes señores los plebeyos.
Las Cabras alcanzaron
Que Júpiter excelso
Les diese barba larga
Para su autoridad y su respeto.
Indignados los Chivos
De que su privilegio
Se extendiese á las Cabras,
Lampínas con razon en aquel tiempo,
Sucedió la discordia
Y los amargos celos
A la paz octaviana
Con que fué gobernado el barbon pueblo.
Júpiter dijo entonces,
Acudiendo al remedio :
« ¡ Qué importa que las Cabras
Disfruten un adorno propio vuestro,
Si es mayor ignominia
De su vano deseo,
Siempre que no igualaren
En fuerzas y valor á vuestro cuerpo ? »
*El mérito aparente
Es digno de desprecio ;
La virtud solamente
Es del hombre el ornato verdadero.*

¡ Yo dejar la casa
Que fué domicilio
De padres, abuelos
Y todos los míos,
Sin que haya memoria
De haber sucedido
La menor desgracia
Desde luengos siglos ! —
Allá te compongas ;
Mas ten entendido
Que tal vez sucede
Lo que no se ha visto. »
Llegó una carreta
A este tiempo mismo,
Y á la triste Rana
Tortilla la hizo.
*Por hombres de seso
Muchos hay tenidos,
Que á nuevas razones
Cierran los oídos ;
Recibir consejos
Es un desvario.
La rancia costumbre
Suele ser su libro.*

FÁBULA XV.

EL PARTO DE LOS MONTES.

Con varios ademanes horrorosos
Los montes de parir dieron señales :
Consintieron los hombres temerosos
Ver nacer los abortos más fatales.
Despues que con bramidos espantosos
Infundieron pavor á los mortales,
Estos montes, que al mundo estremecieron,
Un ratoncillo fué lo que parieron.
*Hay autores que en voces misteriosas,
Estilo fanfarron y campanudo
Nos anuncian ideas portentosas ;
Pero suele á menudo
Ser el gran parto de su pensamiento,
Despues de tanto ruido, solo viento.*

FÁBULA XVI.

LAS RANAS PIDIENDO REY.

Sin Rey vivía, libre, independiente,
El pueblo de las Ranas felizmente.
La amable libertad sólo reinaba
En la inmensa laguna que habitaba ;
Mas las Ranas al fin un Rey quisieron,
A Júpiter excelso lo pidieron ;
Conoce el dios la súplica importuna,
Y arroja un Rey de palo á la laguna :
Debió de ser sin duda buen pedazo,
Pues dió su majestad tan gran porrazo,
Que el ruido atemoriza al reino todo ;
Cada cual se zambulle en agua ó lodo,
Y quedan en silencio tan profundo
Cual si no hubiese ranas en el mundo.
Una de ellas asoma la cabeza,
Y viendo á la real pieza,
Publica que el monarca es un zoquete.
Congrégase la turba, y por juguete
Lo desprecian, lo ensucian con el cieno,
Y piden otro Rey, que aquél no es bueno.
El padre de los dioses, irritado,
Envía á un culebron, que á diente airado
Muerde, traga, castiga,
Y á la misera grey al punto obliga
A recurrir al dios humildemente.
« Padeded, les responde, eternamente ;
Que así castigo á aquel que no examina
Si su solicitud será su ruina. »

FÁBULA XVII.

EL ASNO Y EL CABALLO.

« ¡ Ah ! ¡ quién fuese Caballo !
Un Asno melancólico decía ;

FÁBULA XX.

EL CABALLO Y EL CUERVO.

Persegua un Caballo vengativo
A un Cuervo que le hizo leve ofensa ;
Mas hallaba segura la defensa
En su veloz carrera el fugitivo.
El vengador, perdida la esperanza
De alcanzarlo, y lograr así su intento,
Al hombre le pidió su valimiento
Para tomar del ofensor venganza.
Consiente el hombre, y el Caballo airado
Sale con su jinete á la campaña ;
Corre con direccion, sigue con maña,
Y queda al fin del ofensor vengado.
Muéstrase al bienhechor agradecido ;
Quiere marcharse libre de su peso ;
Mas desde entónces mismo quedó preso,
Y eternamente al hombre sometido.
*El Caballo, que suelto y rozagante
En el frondoso bosque y prado ameno
Su libertad gozaba tan de lleno,
Padece sujecion desde ese instante.
Oprimido del yugo ara la tierra ;
Pasa tal vez la vida más amarga ;
Sufre la silla, freno, espuela, carga,
Y aguanta los horrores de la guerra.
En fin, perdió la libertad amable
Por vengar una ofensa solamente.
Tales los frutos son que ciertamente
Produce la venganza detestable.*

LIBRO TERCERO.

Á DON TOMAS DE IRIARTE.

En mis versos, Iriarte,
Ya no quiero más arte
Que poner á los tuyos por modelo.
A competir anhelo
Con tu número, que el sabio mundo admira,
Si me prestas tu lira.
Aquella en que tocaron dulcemente
Música y Poesía juntamente.
Esto no puede ser : ordena Apolo
Que, digno solo tú, la pulses solo.
¿Y por qué solo tú? Pues cuando ménos,
¿No he de hacer versos fáciles, amenos,
Sin ambicioso ornato?
¿Gastas otro poético aparato?
Si tú sobre el Parnaso te empinases,
Y desde allí cantases:
*Risco tramonto de época altanera,
«Góngora que te siga», te dijera ;*
Pero si vas marchando por el llano,
Cantándonos en verso castellano
Cosas claras, sencillas, naturales,
Y todas ellas tales,
Que aun aquel que no entiende poesía
Dice : *Eso yo también me lo diría,*
¿Por qué no he de imitarte, y aun acaso
Antes que tú trepar por el Parnaso?
No imploras las sirenas ni las musas,
Ni de números usas,
Ni aun siquiera confías en Apolo.
A la naturaleza imploras sólo,
Y ella, sabia, te dicta sus verdades.
Yo te imito : no invoco á las deidades,
Y por mejor consejo,
Sea mi sacro número cierto viejo,
Esopo digo. Dictame, machucho,
Una de tus patrañas ; que te escucho.

FÁBULA PRIMERA.

EL ÁGUILA Y EL CUERVO.

Una Águila rapante,
Con vista perspicaz, rápido vuelo,
Descendiendo veloz de junto al cielo,
Arrebató un cordero en un instante.
Quiere un Cuervo imitarla ; de un carnero

En el vellon sus uñas hacen presa ;
Queda enredado entre la lana espesa,
Como pájaro en liga prisionero.
Hacen de él los pastores vil juguete,
Para castigo de su intento necio.
*Bien merece la burla y el desprecio
El Cuervo que á ser Águila se mete.*

El viejo me ha dictado esta patraña,
Y astutamente así me desengaña.
Esa facilidad, esa destreza,
Con que arrebató el Águila su pieza,
Fué la que engañó al Cuervo, pues creía
Que otro tanto á lo ménos él haría.
Mas ¿qué logró? Servirme de escarmiento.
*¡Ojalá que sirviese á más de ciento,
Poetas de mal gusto inficionados,
Y dijese, cual yo, desengañados:
El Águila eres tú, divino Iriarte!
Ya no pretendo más sino admirarte ;
Sea tuyo el laurel, tuya la gloria,
Y no sea yo el cuervo de la historia!*

FÁBULA II.

LOS ANIMALES CON PESTE.

En los montes, los valles y collados,
De animales poblados,
Se introdujo la peste de tal modo,
Que en un momento lo inficiona todo.
Allí, donde su corte el leon tenía,
Mirando cada día
Las cacerías, luchas y carreras
De mansos brutos y de bestias fieras,
Se veían los campos ya cubiertos
De enfermos miserables y de muertos.
«Mis amados hermanos,
Exclamó el triste Rey, mis cortesanos,
Ya veis que el justo cielo nos obliga
A implorar su piedad, pues nos castiga
Con tan horrenda plaga :
Tal vez se aplacará con que se le haga
Sacrificio de aquel más delincuente,
Y muera el pecador, no el inocente.
Confiese todo el mundo su pecado.
Yo, cruel, sanguinario, he devorado
Inocentes corderos,
Ya vacas, ya terneros,
Y he sido, á fuerza de delito tanto,
De la selva terror, del bosque espanto.—
Señor, dijo la Zorra, en todo eso
No se halla más exceso
Que el de vuestra bondad, pues que se digna
De teñir en el mundo se promate,
De los viles cornudos animales
Los sacros dientes y las uñas reales.»
Trató la corte al Rey de escrupuloso.
Allí del Tigre, de la Onza y Oso
Se oyeron confesiones
De robos y de muertes á millones ;
Mas entre la grandeza, sin lisonja,
Pasaron por escrupulos de monja.
El Asno, sin embargo, muy confuso
Prorumpió : «Yo me acuso
Que al pasar por un trigo este verano,
Yo hambriento y él lozano,
Sin guarda ni testigo,
Caí en la tentacion : comí del trigo.—
¿Del trigo ! y un Jumento !
Gritó la Zorra, ¡horrible atrevimiento !
Los cortesanos claman : «Este, éste
Irrita al cielo, que nos da la peste.»
Pronuncia el Rey de muerte la sentencia,
Y ejecutóla el Lobo á su presencia.
*Te juzgarán virtuoso,
Si eres, aunque perverso, poderoso ;
Y aunque bueno, por malo detestable,
Cuando te miran pobre y miserable.
Esto hallará en la corte quien la vea,
Y aun en el mundo todo. ¡Pobre Astrea!*

FÁBULA III.

EL MILANO ENFERMO.

Un Milano, despues de haber vivido
Con la conciencia peor que un foragido,
Enfermó gravemente.
Supuesto que el paciente
Ni á Galeno ni á Hipócrates leía,
A bulto conoció que se moría.
A los dioses desea ver propicios,
Y ofrecerles entónces sacrificios
Por medio de su madre, que, afligida,
Rogaría sin duda por su vida.
Mas ésta le responde : «Desdichado,
¿Cómo podré alcanzar para un malvado
De los dioses clemencia,
Si en vez de darles culto y reverencia,
Ni aun perdonaste á víctima sagrada,
En las aras divinas inmóvilada?»
*Así queremos, irritando al cielo,
Que en la tribulacion nos dé consuelo.*

FÁBULA IV.

EL LEON ENVEJECIDO.

Al miserable estado
De una cercana muerte reducido
Estaba ya postrado
Un viejo Leon, del tiempo consumido,
Tanto más infeliz y lastimoso,
Cuanto habia vivido más dichoso.
Los que cuando valiente
Humildes le rendían vasallaje,
Al verlo decadente,
Acuden á tratarle con ultraje ;
Que, como la experiencia nos enseña,
De árbol caído todos hacen leña.
Cebados á porfía,
Lo sitiaban sangrientos y feroces.
El lobo le mordía,
Tirábale el caballo fuertes coces,
Luego le daba el toro una cornada,
Despues el jabali su dentellada.
Sufrió constantemente
Estos insultos ; pero reparando
Que hasta el asno insolente
Iba á ultrajarle, falleció clamando :
«Esto es doble morir ; no hay sufrimiento,
Porque muero injuriado de un jumento.»
*Si en su mudable vida
Al hombre la fortuna ha derribado
Con misera caída
Desde donde lo habia ella encumbrado,
¿Qué ventura en el mundo se promete,
Si aun de los viles llega á ser juguete?*

FÁBULA V.

LA ZORRA Y LA GALLINA.

Una Zorra, cazando,
De corral en corral iba saltando :
A favor de la noche, en una aldea
Oye al gallo cantar : maldito sea,
Agachada y sin ruido,
A merced del olfato y del oido,
Marcha, llega, y oliendo á un agujero,
«Este es», dice, y se eucla al gallinero.
Las aves se alborotan, ménos una,
Que estaba en cesta como niño en cuna,
Enferma gravemente.
Mirándola la Zorra astutamente,
La pregunta : «¿Qué es eso, pobrecita?
¿Cuál es tu enfermedad? ¿Tienes pepita?
Habla ; ¿cómo lo pasas, desdichada !»
La enferma la responde apresurada :
«Muy mal me va, señora, en este instante ;
Muy bien si usted se quita de delante.
*Cuántas veces se vende un enemigo,
Como gato por liebre, por amigo ;
Al oír su fingido cumplimiento,*

*Respondiérale yo para escarmiento :
«Muy mal me va, señor, en este instante ;
Muy bien si usted se quita de delante.»*

FÁBULA VI.

LA CIERVA Y EL LEON.

Más ligera que el viento,
Precipitada huía
Una inocenta Cierva,
De un cazador seguida.
En una oscura gruta,
Entre espesas encinas,
Atropelladamente
Entró la fugitiva.
Mas ¡ay ! que un Leon sañudo,
Que allí mismo tenia
Su albergue, y era susto
De la selva vecina,
Cogiendo entre sus garras
A la res fugitiva,
Dió con cruel fiereza
Fin sangriento á su vida.
*Si al evitar los riesgos
La razon no nos guía,
Por huir de un tropiezo,
Damos mortal caída.*

FÁBULA VII.

EL LEON ENAMORADO.

Amaba un Leon á una zagala hermosa ;
Pidióla por esposa
A su padre, pastor, urbanamente.
El hombre, temeroso, mas prudente,
Le respondió : «Señor, en mi conciencia,
Que la muchacha logra conveniencia ;
Pero la pobrecita, acostumbrada
A no salir del prado y la majada,
Entre la mansa oveja y el cordero,
Recelará tal vez que seas fiero.
No obstante, bien podrémos, si consientes,
Cortar tus uñas y limar tus dientes,
Y así verá que tiene tu grandeza
Cosas de majestad, no de fiereza.»
Consiente el manso Leon enamorado,
Y el buen hombre lo deja desarmado ;
Da luego su silbido :
Llegan el Matalobos y Atrevido,
Perros de su cabaña ; de esta suerte
Al indefenso Leon dieron la muerte.
*Un cuarto apostaré á que en este instante
Dice, hablando del Leon, algun amante,
Que de la misma muerte haría gala,
Con tal que se la diese la zagala.
Deja, Fabio, el amor, déjalo luego ;
Mas hablo en vano, porque, siempre ciego,
No ves el desengaño,
Y así te entregas á tu propio daño.*

FÁBULA VIII.

CONGRESO DE LOS RATONES.

Desde el gran Zapiron, el blanco y rubio,
Que despues de las aguas del diluvio
Fué padre universal de todo gato,
Ha sido Miuuragato
Quien más sangrientamente
Persiguió á la infeliz ratona gente.
Lo cierto es que, obligada
De su persecucion la desdichada,
En *Ratópolis* tuvo su congreso.
Propuso el elocuente *Raqueso*
Echarle un cascabel, y de esa suerte
Al ruido escaparían de la muerte.
El proyecto aprobaron uno á uno,
¿Quién lo ha de ejecutar? eso ninguno.
«Yo soy corto de vista. — Yo muy viejo. —
Yo gotoso», decían. El concejo

Se acabó como muchos en el mundo.
Proponen un proyecto sin segundo:
Lo aprueban: hacen otro. ¡Qué portentoso!
Peró ¡la ejecución! Ahí está el cuento.

FÁBULA IX.

EL LOBO Y LA OVEJA.

Cruzando montes y trepando cerros,
 Aquí mato, allí robo,
 Andaba cierto Lobo,
 Hasta que dió en las manos de los perros.
 Mordido y arrastrado
 Fué de sus enemigos cruelmente;
 Quedó con vida milagrosamente,
 Mas inválido, al fin, y derrotado.
 Iba el tiempo curando su dolencia;
 El hambre al mismo tiempo le afligia;
 Pero, como cazar aún no podía,
 Con las yerbas hacia penitencia.
 Una Oveja pasaba, y él la dice:
 «Amiga, vén acá, llega al momento;
 Enfermo estoy y muero de sediento:
 Socorre con el agua á este infelice.—
 »Agua quieres que yo vaya á llevarte?
 Le responde la Oveja recelosa;
 Dime pues una cosa:
 ¿Sin duda que será para enjuagarte,
 »Limpiar bien el garguero,
 Abrir el apetito,
 Y tragarme despues como á un pollito?
 Anda, que te conozco, marrullero.»
 Así dijo, y se fué; si no, la mata.
 ¡Cuánto importa saber con quién se trata!

FÁBULA X.

EL HOMBRE Y LA PULGA.

«Oye, Júpiter sumo, mis querellas,
 Y haz, disparando rayos y centellas,
 Que muera este animal vil y tirano,
 Plaga fatal para el linaje humano;
 Y si vos no lo hacéis, Hércules sea
 Quien acabe con él y su ralea.»
 Este es un Hombre que á los dioses clama,
 Porque una Pulga le picó en la cama;
 Y es justo, ya que el pobre se fatiga,
 Que de Júpiter y Hércules consiga,
 De éste, que viva despulgando sayos;
 De aquél, matando pulgas con sus rayos.
Tenemos en el cielo los mortales
Recurso en las desdichas y en los males;
Mas se suele abusar frecuentemente
Por lograr un antojo impertinente.

FÁBULA XI.

EL CUERVO Y LA SERPIENTE.

Pilló el Cuervo dormida á la Serpiente,
 Y al quererle cebar en ella hambriento,
 Le mordió venenosa. *Sepa el cuento*
Quien sigue á su apetito incautamente.

FÁBULA XII.

EL ASNO Y LAS RANAS.

Muy cargado de leña un burro viejo,
 Triste amazon de huesos y pellejo,
 Pensativo, según lo cabizbajo,
 Caminaba llevando con trabajo
 Su débil fuerza la pesada carga.
 El paso tardo, la carrera larga;
 Todo, al fin, contra el misero se empeña,
 El camino, los años y la leña.
 Entra en una laguna el desdichado,
 Queda profundamente empantanado.
 Viéndose de aquel modo
 Cubierto de agua y lodo,

Trocando lo sufrido en impaciente,
 Contra el destino dijo neciamente
 Expresiones ajenas de sus canas;
 Mas las vecinas Ranas,
 Al oír sus lamentos y quejidos,
 Las unas se tapaban los oídos,
 Las otras, que prudentes le escuchaban,
 Reprendíanle así y aconsejaban:
 «Aprenda el mal Jumento
 A tener sufrimiento:
 Que entre las que habitamos la laguna
 Ha de encontrar lección muy oportuna.
 Por Júpiter estamos condenadas
 A vivir sin remedio encenagadas
 En agua detenida, lodo espeso,
 Y á más de todo eso,
 Aquí perpetuamente nos encierra,
 Sin esperanza de correr la tierra,
 Cruzar el anchuroso mar profundo,
 Ni aún saber lo que pasa por el mundo.
 Mas llevamos á bien nuestro destino;
 Y así nos premia Júpiter divino,
 Repartiendo entre todas cada día
 La salud, el sustento y alegría.»
Es de suma importancia
Tener en los trabajos tolerancia;
Pues la impaciencia en la contraria suerte
Es un mal más amargo que la muerte.

FÁBULA XIII.

EL ASNO Y EL PERRO.

Un Perro y un Borrico caminaban,
 Sirviendo á un mismo dueño;
 Rendido éste del sueño,
 Se tendió sobre el prado que pasaban.
 El Borrico enfre tanto aprovechado
 Descansa y paze; mas el Perro, hambriento,
 «Bájate, le decía, buen jumento;
 Pillaré de la alforja algún bocado.»
 El Asno se le aparta como en chanza;
 El Perro sigue al lado del Borrico,
 Levantando las manos y el hocico,
 Como perro de ciego cuando danza.
 «No seas bobo, el Asno le decía;
 Espera á que nuestro amo se despierte,
 Y será de esta suerte
 El hambre más, mejor la compañía.»
 Desde el bosque entre tanto sale un lobo:
 Pide el Asno favor al compañero;
 En lugar de ladrar, el marrullero
 Con fisa respondió: «No seas bobo;
 Espera á que nuestro amo se despierte;
 Que pues me aconsejaste la paciencia,
 Yo la sabré tener, en mi conciencia,
 Al ver al lobo que te da la muerte.»
El Pollino murió, no hay que dudarlo;
Mas si resucitara,
Corriendo el mundo, á todos predicara:
Prestad auxilio, si queréis hallarlo.

FÁBULA XIV.

EL LEON Y EL ASNO CAZANDO.

Su majestad leonesa en compañía
 De un Borrico se sale á montería.
 En la parte al intento acomodada,
 Formando el mismo Leon una enramada,
 Mandó al Asno que en ella se ocultase
 Y que de tiempo en tiempo rebuznase,
 Como trompa de caza en el ojeo.
 Logró el Rey su deseo,
 Pues apenas se vió bien apostado,
 Cuando al són del rebuzno destemplado,
 Que los montes y valles repetían,
 A su selvoso albergue se volvían
 Precipitadamente
 Las fieras enemigas juntamente,
 Y en su cobarde huida,
 En las garras del Leon pierden la vida,

Cuando el Asno se halló con los despojos
 De devoradas fieras á sus ojos,
 Dijo: «Par diez, si llevo más temprano,
 A ningún muerto dejo hueso sano.»
 A tal fanfarronada
 Soltó el Rey una grande carcajada;
 Y es que jamás convino
 Hacer del andaluz al vizcaíno.

FÁBULA XV.

EL CHARLATAN Y EL RÚSTICO.

«Lo que jamás se ha visto ni se ha oído
 Verán ustedes; atencion les pido.»
 Así decía un Charlatan famoso,
 Cercado de un concurso numeroso.
 En efecto, quedando todo el mundo
 En silencio profundo,
 Remedó á un cochinito de tal modo,
 Que el auditorio todo,
 Creyendo que lo tiene y que lo tapa,
 Atumultuado grita: *Fuera capa.*
 Descubrióse, y al ver que nada había,
 Con victores lo aclaman á porfía.
 «Par diez, dijo un patán, que yo prometo
 Para mañana, hablando con respeto,
 Hacer el puerco más perfectamente;
 Si no, que me la claven en la frente.»
 Con risa prometió la concurrencia
 A burlarse del payo su asistencia;
 Llegó la hora, todos acudieron:
 No bien al Charlatan gruñir oyeron,
 Gentes á su favor preocupadas,
Viva, dicen, al són de las palmadas.
 Sube despues el Rústico al tablado
 Con un bulto en la capa, y embozado
 Imita al Charlatan en la postura
 De fingir que un lechón tapar procura;
 Mas estaba la gracia en que era el bulto
 Un marranillo que tenía oculto.
 Tirale callandito de la oreja:
 Gruñendo en triple el animal se queja;
 Pero al creer que es remedo el tal gruñido,
 Aquí se oía un *fuera*, allí un silbido,
 Y todo el mundo queda
 En que es el otro quien mejor remeda.
 El Rústico descubre su marrano;
 Al público le enseña, y dice ufano:
 «¡Así juzgan ustedes!»
 ¡Oh preocupacion, y cuánto puedes!

LIBRO CUARTO.

EL AUTOR Á SUS VERSOS.

FÁBULA PRIMERA.

LA MONA CORRIDA.

Fieras, aves y peces
 Corren, vuelan y nadan,
 Porque Júpiter sumo
 A general congreso á todos llama.
 Con sus hijos se acercan,
 Y es que un premio señala
 Para aquel cuya prole
 En hermosura lleve la ventaja.
 El alto régio trono
 La multitud cercaba,
 Cuando en la concurrencia
 Se sentía decir: *La Mona falta.*
 Ya llega, dijo entonces
 Una habladora urraca,
 Que, como centinela,
 En la alta punta de un cipres estaba.
 Entra rompiendo filas,
 Con su cachorro ufana,
 Y ante el excelso trono
 El premio pide de hermosura tanta.
 El dios Júpiter quiso,
 Al ver tan fea traza,

I, Ps.-xviii,

Disimular la risa,
 Pero se le soltó la carcajada.
 Armóse en el concurso
 Tal bulla y algazara,
 Que corrida la Mona,
 A Tetuan se volvió desengañada.
¿Es creíble, señores,
Que yo mismo pensara
En consagrar á Apolo
Mis versos, como dignos de su gracia?
Cuando, por mi fortuna,
Me encontré esta mañana,
Continuando mi obrilla,
Este cuento moral, esta patraña,
Yo dije á mi capote:
¡Con qué chiste, qué gracia
Y qué vivos colores
El jorobado Esopo me retrata!
Mas ya mis producciones
Miro con desconfianza,
Porque aprendo en la Mona
Cuánto el ciego amor propio nos engaña.

FÁBULA II.

EL ASNO Y JÚPITER.

«No sé cómo hay Jumento
 Que, teniendo un adarme de talento,
 Quiera meterse á burro de hortelano.
 Llevo á la plaza desde muy temprano
 Cada dia cien cargas de verdura,
 Vuelvo con otras tantas de basura,
 Y para minorar mi pesadumbre,
 Un criado me azota por costumbre.
 Mi vida es ésta; ¡qué será mi muerte,
 Como no mude Júpiter mi suerte?»
 Un Asno de este modo se quejaba.
 El dios, que sus lamentos escuchaba,
 Al dominio le entrega de un tejero.
 «Esta vida, decía, no la quiero:
 Del peso de las tejas oprimido,
 Bien azotado, pero mal comido,
 A Júpiter me voy con el empeño
 De lograr nuevo dueño.»
 Envió á un curtidor; entonces dice:
 «Aun con este amo soy más infelice.
 Cargado de pellejos de difunto
 Me hace correr sin sosegar un punto,
 Para matarme sin llegar á viejo,
 Y curtir al instante mi pellejo.»
 Júpiter, por no oír tan largas quejas,
 Se tapó lindamente las orejas,
 Y á nadie escucha, desde el tal pollino,
 Si le hablan de mudanza de destino.
Sólo en verso se encuentran los dichosos,
Que viven ni envidiados ni envidiosos.
La espada por feliz tiene al arado,
Como el remo á la pluma y al cayado;
Mas se tienen por miseros en suma
Remo, espada, cayado, esteva y pluma.
Pues; á qué estado el hombre llama bueno?
Al propio nunca; pero sí al ajeno.

FÁBULA III.

EL CAZADOR Y LA PERDIZ.

Una Perdiz en celo reclamada
 Vino á ser en la red aprisionada.
 Al Cazador la misera decía:
 «Si me das libertad, en este dia
 Te he de proporcionar un gran consuelo.
 Por ese campo extenderé mi vuelo;
 Juntaré á mis amigas en bandadas,
 Que guiaré á tus redes, engañadas,
 Y tendrás, sin costarte dos ochavos,
 Doce perdices como doce pavos.—
 ¡Engañar y vender á tus amigas!
 ¡Y así crees que me obligas?
 Respondió el Cazador; pues no, señora;
 Muere, y paga la pena de traidora.»

*La Perdiz fué bien muerta; no es dudable.
La traición, áun sonada, es detestable.*

FÁBULA IV.

EL VIEJO Y LA MUERTE.

Entre montes, por áspero camino,
Tropezando con una y otra peña,
Iba un Viejo cargado con su leña,
Maldiciendo su mísero destino.
Al fin cayó, y viéndose de suerte
Que apenas levantarse ya podía,
Llamaba con colérica porfía
Una, dos y tres veces á la Muerte.
Armada de guadaña, en esqueleto,
La Parecía se le ofrece en aquel punto;
Pero el Viejo, temiendo ser difunto,
Lleno más de terror que de respeto,
Trémulo la decia y balbuciente:
«Yo... señora... os llamé desesperado;
Pero...—Acaba; ¿qué quieres, desdichado?
—Que me cargues la leña solamente.»
*Tenga paciencia quien se cree infelice;
Que áun en la situación más lamentable
Es la vida del hombre siempre amable:
El Viejo de la leña nos lo dice.*

FÁBULA V.

EL ENFERMO Y EL MÉDICO.

Un miserable Enfermo se moría,
Y el Médico importuno le decia:
«Usted se muere; yo se lo confieso;
Pero por la alta ciencia que profeso,
Conozco, y le aseguro firmemente,
Que ya estuviera sano,
Si se hubiese acudido más temprano
Con el benigno clyster detergente.»
El triste Enfermo, que lo estaba oyendo,
Volvió la espalda al Médico, diciendo:
«Señor Galeno, su consejo alabo.
Al asno muerto la cebada al rabo.»
*Todo varon prudente
Aconseja en el tiempo conveniente
Que es hacer de la ciencia vano alarde
Dar el consejo cuando llega tarde.*

FÁBULA VI.

LA ZORRA Y LAS UVAS.

Es voz común que á más del mediodía,
En ayunas la Zorra iba cazando:
Halla una parra; quedase mirando
De la alta vid el fruto que pendía.
Causábala mil ansias y congojas
No alcanzar á las uvas con la garra,
Al mostrar á sus dientes la alta parra
Negros racimos entre verdes hojas.
Miró, saltó y anduvo en probaduras;
Pero vió el imposible ya de fijo.
Entonces fué cuando la Zorra dijo:
«No las quiero comer. No están maduras.»
*No por eso te muestres impaciente,
Si te se frustra, Fabio, algún intento:
Aplica bien el cuento,
Y di: No están maduras, frescamente.*

FÁBULA VII.

LA CIERVA Y LA VIÑA.

Huyendo de enemigos cazadores
Una Cierva ligera,
Siente ya fatigada en la carrera
Más cercanos los perros y ojeados.
No viendo la infeliz algún seguro
Y vecino paraje
De gruta ó de ramaje,
Crece su timidez, crece su apuro.

Al fin, sacando fuerzas de flaqueza,
Continúa la fuga presurosa:
Halla al paso una Viña muy frondosa,
Y en lo espeso se oculta con presteza.

Cambia el susto y pesar en alegría,
Viéndose á paz y á salvo en tan buen hora.
Olvida el bien, y de su defensora
Los frescos verdes pámpanos comía.
Mas ¡ay! que de esta suerte,
Quitando ella las hojas de delante,
Abrió puerta á la flecha penetrante,
Y el listo Cazador la dió la muerte.
*Castigó con la pena merecida
El justo cielo á la cierva ingrata.
Mas ¿qué puede esperar el que maltrata
Al mismo que le está dando la vida?*

FÁBULA VIII.

EL ASNO CARGADO DE RELIQUIAS.

De Reliquias cargado,
Un Asno recibía adoraciones,
Como si á él se hubiesen consagrado
Reverencias, incensos y oraciones.
En lo vano, lo grave y lo severo
Que se manifestaba,
Hubo quien conoció que se engañaba,
Y le dijo: «Yo infiero
»De vuestra vanidad vuestra locura;
El reverente culto que procura
Tributar cada cual este momento,
No es dirigido á vos, señor Jumento,
Que sólo va en honor, aunque lo sientas,
De la sagrada carga que sustentas.»
*Cuando un hombre sin mérito estuviere
En elevado empleo ó gran riqueza,
Y se ensorbeciere
Porque todos le bajan la cabeza;
Para que su locura no prosiga,
Tema encontrar tal vez con quien le diga:
«Señor Jumento, no se engría tanto:
Que si besan la peana, es por el santo.»*

FÁBULA IX.

LOS DOS MACHOS.

Dos Machos caminaban: el primero,
Cargado de dinero,
Mostrando su penacho envanecido,
Iba marchando erguido
Al són de los redondos cascabeles.
El segundo, desnudo de orepes,
Con un pobre aparejo solamente,
Alargando el pesnezo eternamente,
Seguía de reata su jornada,
Cargado de costales de cebada.
Salen unos ladrones, y al instante
Asieron de la rienda al arrogante;
El se defiende, ellos le maltratan,
Y despues que el dinero le arrebataron,
Huyen, y dice entonces el segundo:
*Si á estos riesgos exponen en el mundo
Las riquezas, no quiero, á fe de Macho,
Dinero, cascabeles ni penacho.*

FÁBULA X.

EL CAZADOR Y EL PERRO.

Mustafá, perro viejo,
Lebré en montería ejercitado,
Y de antiguas heridas señalado
A colmillo y á cuerno su pellejo,
Seguía á un jabali sin esperanza
De poderle alcanzar; pero, no obstante,
Aguzándole su amo á cada instante,
A duras penas Mustafá le alcanza.
El cerdoso valiente
No escuchaba recados á la oreja;
Y así, su resistencia no le deja

Llegan á una laguna, de esta suerte,
A dar en lo profundo con la muerte.
Al ver á tanta Rana que, asustada,
A las aguas se arroja á su llegada,
«Hola, dijo una liebre, ¿con que, hay otras
Tan tímidas, que áun tiemblan de nosotras?
Pues suframos con ellas el destino.»
Conocieron sin más su desatino.
*Así la suerte adversa es tolerable,
Comparada con otra miserable.*

FÁBULA XIV.

EL GALLO Y EL ZORRO.

Un Gallo muy maduro,
De edad proveccta, duros espolones,
Pacífico y seguro,
Sobre un árbol oía las razones
De un Zorro muy cortés y muy atento,
Más elocuente cuanto más hambriento.
«Hermano, le decia,
Ya cesó entre nosotros una guerra,
Que cruel repartía
Sangre y plumas al viento y á la tierra:
Baja; daré, para perpetuo sello,
Mis amorosos brazos á tu cuello.—
»Amigo de mi alma,
Responde el Gallo, ¿qué placer inmenso,
En deliciosa calma,
Deja esta vez mi espíritu suspenso!
Allá bajo, allá voy tierno y ansioso
A gozar en tu seno mi reposo.
»Pero aguarda un instante,
Porque vienen, ligeros como el viento,
Y ya están adelante,
Dos correos que llegan al momento,
De esta noticia portadores fieles,
Y son, según la traza, dos lebreles.—
»Adios, adios, amigo,
Dijo el Zorro, que estoy muy ocupado;
Luégo hablaré contigo
Para finalizar este tratado.»
El Gallo se quedó lleno de gloria,
Cantando en esta letra su victoria:
*Siempre trabaja en su daño
El astuto engañador;
A un engaño hay otro engaño,
A un pícaro otro mayor.*

FÁBULA XV.

EL LEON Y LA CABRA.

Un señor Leon andaba, como un perro,
Del valle al monte, de la selva al cerro,
A caza, sin hallar pelo ni lana,
Perdiendo la paciencia y la mañana.
Por un risco escarpado
Ve trepar una Cabra á lo encumbrado,
De modo que parece que se empeña
En hacer creer al Leon que se despeña.
El pretender seguirla fuera en vano;
El cazador entonces cortésano
La dice: «Baja, baja, mi querida;
No busques precipicios á tu vida:
En el valle frondoso
Pacerás á mi lado con reposo.—
»Desde cuándo, señor, la real persona
Cuida con tanto amor de la barbona?
Esos halagos tiernos
No son por bien, apostaré los cuernos.»
Así le respondió la astuta Cabra,
Y el Leon se fué sin replicar palabra.
*Lo paga la infeliz con el pellejo,
Si toma sin examen el consejo.*

FÁBULA XVI.

LA HACHA Y EL MANGO.

Un hombre que en el bosque se miraba
Con una Hacha sin Mango, suplicaba

Cebad al Perro su cansado diente;
Con airado colmillo le rechaza,
Y bufando se marcha victorioso.
El cazador, furioso,
Reniega del Lebré y de su raza.
«Viejo estoy, le responde, ya lo veo;
Mas di: ¿sin Mustafá cuándo tuvieras
Las pieles y cabezas de las fieras
En tu casa, de abrigo y de trofeo?
»Miras á lo que soy, no á lo que he sido.
¡Oh suerte desgraciada!
Presente tienes mi vejez cansada,
Y mis robustos años en olvido.
»Mas ¿para qué me mato,
Si no he de conseguir cosa ninguna?
*Es ladrar á la luna
El alegar servicios al ingrato.*

FÁBULA XI.

LA TORTUGA Y EL ÁGUILA.

Una Tortuga á una Águila rogaba
La enseñase á volar; así la hablaba:
«Con sólo que me des cuatro lecciones,
Ligera volaré por las regiones;
Ya remontando el vuelo
Por medio de los aires hasta el cielo,
Veré cercano al sol y las estrellas,
Y otras cien cosas bellas;
Ya rápida bajando,
De ciudad en ciudad iré pasando;
Y de este fácil, delicioso modo,
Lograré en pocos dias verlo todo.»
La Águila se rió del desatino;
La aconseja que siga su destino,
Cazando torpemente con paciencia,
Pues lo dispuso así la Providencia.
Ella insiste en su antojo ciegamente.
La reina de las aves prontamente
La arrebata, la lleva por las nubes.
«Mira, la dice, mira cómo subes.»
Y al preguntarla, digo, ¿vas contenta?
Se la deja caer y se revienta.
*Para que así escarmiente
Quien desprecia el consejo del prudente.*

FÁBULA XII.

EL LEON Y EL RATON.

Estaba un Ratoncillo aprisionado
En las garras de un Leon; el desdichado
En la tal ratonera no fué preso
Por ladrón de tocino ni de queso,
Sino porque con otros molestaba
Al Leon, que en su retiro descansaba.
Pide perdón, llorando su insolencia;
Al oír implorar la Real clemencia,
Responde el Rey en majestuoso tono:
No dijera más Tito: «Te perdono.»
Poco despues cazando el Leon tropieza
En una red oculta en la maleza:
Quiere salir, mas queda prisionero;
Atronando la selva ruge fiero.
El libre ratoncillo, que lo siente,
Corriendo llega: roe diligente
Los nudos de la red de tal manera,
Que al fin rompió los grillos de la fiera.
*Conviene al poderoso
Para los infelices ser piadoso;
Tal vez se puede ver necesitado,
Del auxilio de aquel más desdichado.*

FÁBULA XIII.

LAS LIEBRES Y LAS RANAS.

Asustadas las liebres de un estruendo,
Echaron á correr todas, diciendo:
«A quien la vida cuesta tanto susto,
La muerte causará ménos disgusto.»